

# *In Memoriam.*

## *Cómo veo*

### *a José Manuel Blecua*

JULIÁN MARÍAS \*

**D**e nadie se puede decir con plenitud cómo es, porque la realidad humana desborda de todas sus percepciones e interpretaciones; solamente la imaginación ayuda, cuando va acompañada de la efusión propia de la amistad, o el amor. Sin embargo, en condiciones afortunadas, se puede saber *quién* es otra persona, aunque ese saber no agote nunca su íntegra realidad: no la conocemos entera, pero ciertamente a ella misma.

A lo largo de tantos años, cerca de medio siglo, hay algo de lo que nunca he acabado de consolarme: no haber podido gozar del trato frecuente, acaso cotidiano, con mi amigo José Manuel Blecua. He vivido desde mi niñez habitualmente en Madrid. Blecua vivió muchos años en Zaragoza, luego en Barcelona. Nos hemos visto ocasionalmente en estas tres ciudades, alguna vez en Soria o en Columbus, Ohio. Es decir, de tarde en tarde; y hay que añadir que su sordera, cada vez más completa, ha sido siempre un obstáculo para la conversación. ¡Qué desastre! Porque Blecua ha nacido para ella, es un conversador ávido, inagotable, magistral. Por eso, entre otras cosas, es un genio de la amistad. Lo es tanto que esta condición emerge triunfante a pesar de todo: la ausencia, la distancia, la dificultad de la palabra.

\* De la Real Academia Española y de la de Bellas Artes. Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, 1996.

Blecua tiene un año más que yo. Nació en 1913, y precisamente en el lugar en que, muchos años antes, había nacido mi padre: en Alcolea de Cinca, en la provincia de Huesca. Cuando lo supimos sentimos que había un vínculo previo entre los dos. Lo conocí cuando estaba casado con Irene, que lo dejó sin su compañía demasiado pronto, y tenían dos hijos pequeños, José Manuel y Alberto. Éstos fueron creciendo, dándole nueva compañía y calor de nueras y nietos, abrigando su soledad, con alegrías de prolongación de dos vocaciones fecundas, que parecían brotar de la misma paterna.

José Manuel Blecua fue muchos años catedrático de instituto en Zaragoza, en tiempos en que esto era verdaderamente importante y encerraba considerable prestigio. Después han venido a perturbar esto muchos factores: la multiplicación o masificación, una voluntad de rebajamiento por parte de los que han podido hacerlo, acaso algunas renunciaciones o abandonos de los que se han sentido descontentos de esa condición. Blecua enseñó lengua y literatura españolas a innumerables muchachos, y dejó en ellos la semilla del entusiasmo, porque esa es la cualidad que sobrenada en él, pase lo que pase.

Después Blecua fue catedrático de universidad, concretamente de la de Barcelona. Creo que el trasplante de una ciudad a otra fue una experiencia penosa, compensada por la ampliación de su horizonte intelectual. Pero el entusiasmo funcionó pronto: Blecua sintió amor a Barcelona, echó allí raíces, se sintió nuevamente en casa, rehízo su vida, se rodeó de discípulos, continuadores, amigos.

Cuando podía venía a Madrid, a ver a los que aquí residíamos. Por supuesto, si alguno de nosotros ingresaba en la Academia —en la Academia por antonomasia, la Real Academia Española—, acudía a “no oír” su discurso, con una generosidad que me ha asombrado siempre: Blecua es uno de los hombres más generosos que he conocido.

Se alegraba —se alegra— de todo lo bueno que a los demás les pasa; más aún, y más difícil: de todo lo bueno que hacen. Cada vez que se le manda un libro, al cabo de unos días o unas semanas llega una carta suya, manuscrita, con letra pequeña y clara, reflejo de una lectura atentísima, benévola, dispuesta a gozar de todo lo que lo permita, con inteligentes comentarios.

Se le siente cerca, por lejos que esté, porque su trato es rigurosamente personal, y cuando le falta la percepción vive del recuerdo y la imaginación. Por eso, cada vez que se encuentra uno con él se borra el tiempo pasado y se reanuda la presencia como si hubiese sido cotidiana. Por eso se lamenta tanto que no sea así, que no pueda uno ver a Blecua y hablar con él todos los días.

Hay algo que es enteramente ajeno a Blecua: la malignidad. Muchos hombres ilustres la han tenido o la tienen —de los que no son ilustres, no digamos—; en ellos es una frecuente tentación. A mí me duele descubrirla entre los grandes del pasado —con una excepción decisiva y consoladora: Cervantes—; a veces encuentro que los disminuye, que quedan afectados por sus pequeñas “victorias” del ingenio sobre los que han quedado emparentados con ellos, fundidos en una historia común. También surge en nuestros contemporáneos, y casi siempre es como una mella que roe su magnitud y dignidad.

Blecua no conoce la malignidad, está exento de ella en un grado que se podría llamar angélico. No es, por fortuna, el único ejemplo, pero sí de los más constantes y eminentes. Durante mucho tiempo me dolió ver entrar en la Academia a hombres sin duda valiosos pero que no alcanzaban su talla; ingresaron justamente algunos de sus discípulos; faltaba el maestro; cuando recordaba su nombre, solía surgir la mención de sus dificultades auditivas. Al final se llegó a una solución feliz y fue elegido Académico de Honor. Me quedé tranquilo.

He hablado de la vocación de maestro, de profesor, que tiene Blecua. Creo que la función del profesor, sobre todo universitario, es pensar con sus estudiantes, ante ellos y en su compañía; es la única manera de que el pensamiento se contagie —y hay que advertir que no es demasiado contagioso—. Pero no es su única vocación: se combina inseparablemente con otra, aun más imperiosa, permanente, que constituye el reducto más profundo de su personalidad, y que vale la pena intentar describir.

Blecua es uno de los más extraordinarios investigadores de nuestra literatura, con manifiesta predilección por la poesía. Es, en grado máximo, un “erudito”; pero con decir esto no se ha hecho más que empezar. Es el autor de maravillosas ediciones críticas de diversos autores, cuyos textos ha depurado y fijado con un rigor desconocido. Le produce inmensa fruición cotejar manuscritos e impresos, perseguir erratas, identificar y examinar variantes. La palabra “fruición” es la decisiva: en Blecua no se trata nunca de acumulación de noticias inertes, sino de vivísimo placer. La poesía medieval, algunos cancioneros, Juan de Mena, Herrera, los aragoneses Argensola, Lope de Vega, sobre todo Quevedo. La edición crítica de la poesía de Quevedo es algo que marca una fecha en el conocimiento y la comprensión de una de las obras más apasionantes e inquietantes de la literatura del Siglo de Oro. No es fácil darse cuenta de la paciencia, el saber, la inteligencia que ha puesto Blecua en esta empresa, y si se llega a verlo se siente enorme gratitud.

Pero Blecua no se cansa. Después viene don Juan Manuel, luego fray Luis de León, y todo lo que aún va a seguir. Y no es sólo el pasado; igual atención y esmero dedica a los autores de nuestro tiempo; baste recordar a Jorge Guillén.

Pero he dicho que al hablar de la erudición de Blecua no se ha hecho más que empezar. Porque Blecua es erudito por amor a la literatura. Hay bibliófilos a quienes entusiasman los libros, sobre todo si son bellas ediciones, o antiguas y raras; no les importa gran cosa lo que esos libros digan, y no les interesa leerlos; otros buscan y compran libros hermosos o de gran rareza, pero porque les interesa su contenido y les parece valioso; no se moverían por un precioso volumen que no desearan leer. De este tipo es la erudición de Blecua: desea poder leer, y que otros lean, con la mayor perfección posible, a los autores que lo apasionan, por los que siente admiración y entusiasmo. Al depurar sus textos, en cierto sentido ayuda a escribirlos, les devuelve la pureza perdida —o antes no alcanzada—; los pulimenta y hace relucir con nuevo esplendor. Así hay que entender la infatigable labor de Blecua sobre los códices, manuscritos y viejas ediciones de sus autores amados.

Por eso Blecua es además —yo diría primariamente— uno de los mejores estudiosos de nuestra literatura. Ha puesto en ello tanto amor como inteligencia; podría aplicarse la espléndida expresión de Dante Alighieri: *Intelletto d'amore*. Todo ese enorme trabajo que Blecua ha dedicado a los textos es personal, porque va a lo que ellos dicen. La expresión “letra muerta” no se podría aplicar nunca a lo que Blecua ha hecho a lo largo de su vida. ¿Y el futuro? Espero que sea muy dilatado. Es una idea muy arraigada de mi pensamiento filosófico, expuesta a fondo desde *Antropología metafísica* (1970), que si bien “el hombre”, como conjunto de las estructuras empíricas de la vida humana, tiene una última edad tras la cual no hay otra; es, por tanto, una estructura cerrada que desemboca en la muerte, si se mira lo que es la vida humana, futuriza, orientada y proyectada hacia el futuro, que consiste precisamente en proyectar, no se ve motivo para que deje de hacerlo nunca, y es por consiguiente una estructura abierta que postula la perduración.

Y creo que la actitud proyectiva mantiene la tensión de la vida a lo largo de las edades. Don Ramón Menéndez Pidal fue un maravilloso ejemplo de ello, y sus proyectos lo mantuvieron vivo y alerta hasta casi cumplir un siglo. Imagino a Blecua, años y años, depurando textos, preparando

ediciones, siguiendo frase a frase, verso a verso, lo que otros escribieron. Y son tantos libros que lo llaman. ¿Cuándo va a acabar? Cuento con su longevidad activa, laboriosa, entusiasta.

Don Ramón Menéndez Pidal, en la última fase de su vida, cuando rehuía hablar de la muerte pero hablaba de la inmortalidad, me preguntó un día algo que he contado, porque me conmovió como pocas cosas: “Marías, ¿cree usted que podré ver a los juglares?”. Le contesté, lo recuerdo bien: “No lo sé, don Ramón, pero creo que sí; y yo cuento con hacerle más de cuatro preguntas a Aristóteles”.

Imagino a Blecua al llegar al cielo —al que sin duda va destinado; a lo sumo pasará fugazmente por un purgatorio consistente en mostrarle alguna errata que se le haya escapado—; lo veo recibido por sus autores, agradecidos por haberles devuelto o asegurado la modesta inmortalidad a que aspiran los escritores y los artistas en este mundo.

Todo esto tiene su origen, su fuente, en la extraordinaria bondad de José Manuel Blecua. He afirmado desde mi juventud mi convicción profunda de lo que llamo “las raíces morales de la inteligencia”. Los que carecen de bondad pueden ser, con frecuencia son, “listos”, en el fondo no son inteligentes. Porque la inteligencia consiste primariamente en abrirse a las cosas y dejar que la realidad penetre en nuestra mente, en nuestra vida. Es asunto de amor.

Por eso es condición suya la generosidad: no se recibe más que en la medida en que se está dispuesto a dar, y esto, evidente cuando se trata de relaciones personales, es también válido en la vida intelectual.

Se olvida demasiado, por atender al adjetivo, qué es vida. Blecua no lo ha olvidado nunca. Así lo he visto desde que los dos éramos jóvenes. No ha decrecido su entusiasmo, su lucidez, ni siquiera su capacidad, de vez en cuando al menos, de alegría. Acaso le ha aumentado la melancolía, que hace mucho tiempo empezó a derramársele por el corazón. Pero ello no ha hecho más que darle a su obra y su vida mayor intensidad, y a su amistad un precio más alto.